Mis respetos á tus padres.
Te estrecho la mano.
Tu amigo,

EMILIO ZOLA.

Respecto al poema que estoy hilvanando avanza con mucha lentitud. Tengo sin acabar todavía todo el tercero y último canto. Después es probable que ataque el de *La cadena de los seres.*

Sufro demasiado desde hace algunas semanas; esto te explicará el por qué he retardado mi correspondencia.

XIII

París, 24 de junio de 1860.

Mi querido Baille:

Releo casi todos los días esta carta donde me juzgas un amigo severo; no para encontrar argumentos que destruyan los tuyos, sino para ver si estoy lejos de esta razón que tú me niegas, para explicarme lo que entiendes por esta palabra, para juzgarte á ti mismo. No seré yo quien oculte que lo que dices es razonable; ¿por qué, pues, mi espíritu se rebela contra ti? ¿Por qué tu cordura me parece más loca que la misma locura? Voy á procurar decírtelo.—La palabra *posición* se repite infinidad de veces en tu carta, y esta palabra es la que excita más mi cólera. Estas ocho letras tienen un talante de especiero enriquecido que me ataca los nervios. Sólo con mirarlas escritas parece verlas en la boca de ciertos individuos, un advenedizo, por ejemplo; dichas letras se alargan se hinchan, ruedan; cada una parece coronada por un acento circunflejo.—Tener una posición es, si no me equivoco, hacer un comercio, no importa cuál, vivir de un empleo, bajo la dependencia de cualquiera. Al lado de esta idea quiero transcribirte algunos versos aunque los conozcas.

Jaime era grande, leal, intrépido y soberbio
la rutina que hace de la vida un proverbio
siempre náuseas le dió.—Feliz ó desgraciado
él nada hizo por ella, jamás se ha molestado;
para sus dioses guarda, con bélicos ardores,
la altivez y la audacia, sus hermanas mayores.
Tomó tres bolsas de oro y durante tres años
al sol vivió sin penas ni grandes desengaños,
sin tener desconfianza de las vetustas leyes;
y nunca hijo de Adán, bajo la santa y clara
luz, de Oriente á Poniente, por tierra paseara
tan largo menosprecio de pueblos y de reyes.

¿Qué figura más grande y bella que este Rolla? ¡Qué pequeño resulta al lado de él el hombre que corre detrás de una posición! El no busca más que una cosa: la santa Libertad, y este solo amor basta para engrandecerle. ¿Quieres que te cite la invocación que precede á *La copa y los labios?* ¿Te mostraré el tirolés sobre sus montañas, que come cuando mata? Y para contraste, ¿haré venir en seguida al comerciante que vende todo el día canela en una tienda obscura? «Pardiez, el pobre loco—te dices tú—miren cómo divaga con los poetas; pero yo, yo estoy por la realidad ¡qué diablo!»

Es verdad: basta que una cosa sea grande para que se ría y se grite sobre su imposibilidad y su poesía. El siglo es tan dado á la prosa, que los pobres poetas se esconden; se ha dicho y repetido tanto que solo se ocupan de quimeras, que ellos mismos acabaron por creerlo. Sin embargo, según mi opinión, el papel del poeta no es tal; es el de regenerador, el del hombre que se consagra al progreso de la humanidad. Lo que él expresa antes que nadie son sueños, pero sueños que deben tener su realización.

Cuando la raza humana salió de manos del Creador, vivió bajo el sol, libre y sin leyes. Sus descendientes gozaron largo tiempo de esta libertad; pueblos de ca-

zadores y de cultivadores, no teniendo todavía necesidad los unos de los otros, ni se impusieron nuestros sueños, ni lazo alguno les unió entre ellos. Cada uno de aquellos hombres tenía por única posición la de ser un hombre; cada cual proveía á sus necesidades, sin ir á buscar el aceite á casa de su vecino de la derecha, ni el vinagre á casa de su vecino de la izquierda. En una palabra: lo que lleva el nombre de Sociedad no estaba todavía constituído; la libertad reinaba gracias á la individualidad. Pero, á medida que los hombres se multiplicaron, nacieron nuevas necesidades; por otro lado, la unión constituía la fuerza, y los individuos se reunieron en masa para formar las naciones, y poner en común su valor y su inteligencia. En esta fusión, fecunda por otra parte en buenos resultados, la individualidad debía desgraciadamente desaparecer, restringiendo inevitablemente la libertad. La raza humana no fué más que una gran máquina donde cada rueda es un hombre, que debe dar vueltas en un sentido prescrito; cada cual depende de otro. El uno traerá el hierro, hará otro el mortero, un tercero machacará la sal que venderá el cuarto. Así se encadena todo; el hombre no es un entero, no es libre.—Hoy, lanzado en esta sociedad, la de nuestro tiempo, un sér cuyo espíritu es uno é independiente; lanzado un Rolla, por ejemplo, preferirá dejarse despedazar antes de someterse á quedar convertido en una parte, él que es un todo; se reirá desdeñosamente de lo que llamas una posición, que él denominará esclavitud. No querrá tener nada de común con los seres á quienes menosprecia; vivirá tres años libre y fiero; después se suicidará.

Llevo escritas tres páginas y sin duda me crees muy lejos de lo que debo explicar; á saber: por qué tu cordura me parece más loca que la locura misma. Al contrario estoy en la conclusión. Dios me formó de una arcilla asaz semejante á la de Rolla, por lo menos en lo que se relaciona con el amor á la libertad. Me resulta insoportable este papel de instrumento pasivo, este trabajo de brutos que nos impone la sociedad. Prefiero la vida del salvaje de América bastándose á sí mismo, á esta vida de hombre civilizado donde todos los días tenemos necesidad de nuestros miserables semejantes. Se ha dicho que el hombre fué creado para vivir en sociedad; es posible, pero desde el momento en que el bien que resulta debe ser comprado al precio de mi libertad y de mi individualidad, es un bien cuyo manantial es demasiado amargo y yo lo rechazo. Tú, por el contrario, pareces aceptar este sacrificio, muy pasiblemente; consientes en comprar la felicidad al precio que sea. ¡Extraña bizarría! No concibo la felicidad sin libertad; al contrario de lo que á ti te sucede que para llegar á la felicidad es la primera cosa que sacrificas. Dime, pues, en qué consiste la felicidad, porque, sin esto, no llegaremos á entendernos jamás. ¡Pardiez! te oigo reir aún. La poesía me empuja siempre, ¿no es esto? ¡La libertad! ¡qué sueño tan insensato! Lo juro ante Dios; si no tuviese familia, me aislaría, me iría no sé adónde; pero él haría que yo encontrase la libertad sea en el llano, sea en la montaña.—Probablemente me equivoco; no sé qué resolver; pero en verdad te digo que eres el campeón de una causa muy fea. La carta que me has escrito, no es la carta de un joven de veinte años, del Baille que conocí. Añadiré: prefiero mi sueño tan grande, tan sublime, á tu mezquina y desolante razón.—Por otra parte, ¿puedo cambiar? Dios me ha creado así; marcho por mi camino quito de ensangrentarme los pies.—¿Hablas de buena fe? ¿es verdad que no sueñas con la libertad? ¿es cierto que aceptas la realidad, la vida, sin murmurar, sin crearte una más bella en tus sueños? ¿realmente estás muerto en ti y tus aspiraciones se reducen á un bienestar material? Entonces, mi pobre amigo, te compadezco; cuanto acabo de escribir te parecerá, como me has dicho, desprovisto de razón, de

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
MONTERREY, MEXICO

sangre fría y de sentido común. Dices que quisieras verme considerar las cosas humanas un poco más como hombre. ¿Qué temes por mí? ¿Crees que no será siempre tiempo de que la realidad me envejezca? Peco por mala voluntad y no por ignorancia; conozco perfectamente lo real, si no me someto es porque no quiero. Atiende lo que te digo: Quisiera verte soñar más de lo que sueñas. Siempre se vuelve á la realidad, pero jamás se vuelve á la idea; una vez herido, el ángel se remonta al cielo, sin prestar oídos á vuestros sollozos. Te has metido hasta el cuello en el materialismo, so pretexto de que buscas la felicidad—y has dicho adiós á tus sueños. La felicidad de los brutos consiste en comer y dormir; presumo que no es esta la tuya, y no obstante tomas el camino que á ella conduce. Que no se te hable más de poesía, que no se te hable más de libertad, que estas locuras mueren en el hospital; tú, tú cultivas los intereses materiales, quieres crearte una posición. ¿Es verdad, Señor, que vos nos habéis creado para pasear nuestra miseria de esclavitud en esclavitud? ¿Será cierto que esta alma, que vos habéis partido con nosotros, debe doblegarse como un vil metal bajo la presión del primero que llegue? ¿es cierto que la libertad no es más que una palabra? Ya sé, querido Baille, que la mayoría está contigo, que mis cartas harían reir. Y por lo tanto, tú debes comprenderme; ¿no te parece que no estoy completamente loco? ¿No es cierto que este sueño es un buen sueño? Marcha por tu camino; ignoro el que Dios me reserva, pero moriría contento si muriese libre.

Dejemos esta cuestión abrasante. Te transcribo, más abajo tres páginas de una carta que escribo á Cézanne. Te las envío porque son, en cierta manera, la conclusión de cuanto he escrito hasta aquí sobre el amor y sobre los amantes. Ahí va:

«La otra tarde soñaba, paseándome por las umbrías del Jardín de Plantas. Caía la tarde; un dulce perfume

emanaba de los millares de flores que ornan los parterres. Caminaba fumando mi pipa, la cabeza erguida, admirando las blancas jovencitas que jugueteaban á mi alrededor, por las largas alamedas. De repente vi una que se parecía á la Aérea, y he aquí á mi espíritu que corre, que divaga por Provenza.—He leído algunas veces esta frase en las novelas: «Se miraron; brotó una chispa; comprendieron que estaban formados el uno para el otro y se amaron.» No me asombro de que los amores empezados así acaben siempre miserablemente. El alma no entra para nada en estos simples golpes de vista en que no se puede apreciar más que la belleza del cuerpo. De donde, si vuestro amor es puro, si no es sólo el deseo lo que os subyuga, si esta mujer á quien acabáis de ver tan rápidamente, á quien amáis, es un sér que creó vuestra imaginación, debe tener mil cualidades morales. Distinguís desde luego, los dos escollos inevitables de estos amores tan súbitos; una de dos: ó no amáis más que el cuerpo, lo cual es infame, ó amáis á un ser ficticio que no es aquel con el cual vais á vivir, y os exponéis á perder todas vuestras ilusiones, á encontrar un diablo cuando soñabais con un ángel. ¿No valdría más seguir otra marcha, conocer antes de amar, pasar por la estimación para llegar al amor, ver, en una palabra, desde el primer instante su pasión débil crecer en seguida día tras día?—Gran cordura,—me dirás, ¿pero, y los medios para poner en práctica esas máximas cuando se tiene veinte años? Paciencia: precisamente expuse este trozo de teoría para llegar á la práctica. Unas palabras más: á nuestra edad no es precisamente á la mujer á la que se ama sino al amor. Tenemos necesidad de una amada, no importa cuál. La primera mujer que nos sonría será la que nosotros queramos poseer, y nos lanzaremos con ceguedad en su persecución; si nos resiste nos encalabrinamos y declaramos que vamos á morir por ella; si cede, ¡ay! perdemos bien pronto nues-

tras bellas ilusiones. ¡Oh, amigos míos! escuchadme atentamente; he encontrado un remedio para todos; para vosotros que desesperáis por no tener, para vosotros que os desesperáis por haber tenido.—Yo paseaba por el Jardín de Plantas soñando con la Aérea; examinaba mi conducta pasada y la encontraba tan insensata para con ella que buscaba la que hubiera debido observar. De estas reflexiones surgió el medio práctico de que os hablaba más arriba. Hubiera debido, me digo, tratar de verla sola á todo trance, ó si esto hubiera sido imposible, escribirle una carta que contuviese con brevedad lo que deseara decirle verbalmente. Aquí tenéis en pocas palabras las ideas que habría contenido dicha carta: «Señorita: No es un amante el que la escribe, sino un hermano. Me siento tan aislado en este mundo, que experimento la necesidad de conocer un corazón joven que lata por mí, que me compadezca y me consuele, me juzgue y me dé valor. La única cosa que deseo es su amistad, una amistad aumentada por el conocimiento recíproco de nuestros dos caracteres. Si usted me cree un día digno de un sentimiento más tierno, aquel día, interrogaremos á nuestros corazones y si laten por igual ambos, podremos comenzar un nuevo género de vida. Pero hasta entonces, mi mano tomará la de usted como la de una hermana, mis labios no le darán un beso hasta no estar seguro de que los de usted me los devolverán, etc., etc. Su hermano.» Esta carta, desarrollada hábilmente, no dejará de hacer efecto, sobre todo si la joven es una alma generosa y poética, exenta de prejuicios. Admitiendo que ella acepte esta amistad, sea por la continuación de nuevas cartas, sea por otro medio cualquiera, tu ves el millar de consecuencias que pueden deducirse. Desde luego dejas de amar la aventura; si la jovencita es realmente digna de ti, si simpatizan vuestros caracteres, estos títulos de hermana y de hermano, se cambiarán muy pronto en los de muy amada y amante; sobre

todo, y aquí está lo sublime, os conoceréis y por lo tanto os amaréis con el alma, *tal* y *como seáis*, eternamente. Si el amor no llega, si la misma amistad se debilita, será un signo cierto de que no os convenís de ninguna manera; habríais sufrido demasiado, creyendo amaros, mientras no amabais más que al amor, y os habríais separado muy pronto negando el amor, lo cual es una monstruosidad. Resulta, pues, un gran bien haber ensayado desde luego la amistad y alejarse reconociendo simplemente, que vuestros cráneos no son iguales. Si, por el contrario, y esta es la última suposición posible, la amistad permanece y el amor no llega, ¿no resulta, desde luego, encantador ser el amigo de una bonita mujer y tener siempre la esperanza, esa dulce cosa, de ser su amante algún día? No conduce este amor á uno de esos amores románticos que se elevan blancos como la leche para volver á caer melancólicos y sin fuerza; es un preservativo contra la desilusión, ese abismo donde se ennegrecen los corazones de veinte años; es, en fin, una dulcificación á las penas que experimentan los amantes desdeñados.—¡Qué diablo! No siempre se matan tres pájaros de una pedrada.»

Esto es lo escrito á Cézanne. Y bien, mi querido Baille, ¿no soy razonable? ¿No te parece leer la discusión de una fórmula de álgebra? Esto no es un sueño, es la práctica; confieso, sin embargo, que no doy mi medio como infalible, hasta tanto que la experiencia no haya venido á demostrarlo.

No sé ya qué decirte para estimularte á escribirme más á menudo. Sé que amaste siempre la literatura, que probablemente te habrás hecho hombre de letras, si es que no te has impuesto pretendidos deberes. ¿No hablabas en el mes de agosto de dar lecciones de literatura? ¿Te figuras que tu estilo no se haría más fácil, si me escribieses una vez por semana? Me contestarás que no tienes asunto; ¡eh, Dios mío! toma el primero que se te venga á la mano: la religión,

nuestras virtudes, la modestia, etc.; nuestra decadencia, el amor, el juego, la borrachera, etc.; toma la ciencia si quieres, la moral, ¿yo qué sé? Escríbeme cuatro, ocho páginas; no importa de qué; esto te soltará la mano, te contestaré y así estudiaremos recíprocamente el dominio de nuestros pensamientos. Ataco un poco en todos los asuntos de mis cartas, pero como no contestas, acabo por callar falto de contrincante.—Me objetarás que no tienes tiempo porque tus exámenes se aproximan. No quiero añadir más que una cosa: tengo veinte cartas de Cézanne, diez de Marguery y cinco tuyas. Es imposible que esto no sea más que efecto de falta de tiempo. Eres, pues, un perezoso y te juro ante Dios que es la última vez que me quejo—pero, como suele decirse, no por eso reflexiono menos.

He enviado mi poema—setecientos versos—á Cézanne. Le he encargado que te lo remita; trata tú por tu parte de adquirirlo. Hasta luego.

Te estrecha la mano tu amigo,

EMILIO ZOLA.

XIV

4 de Julio de 1860.

Mi querido Baille:

Acabo de leer *Santiago* de Jorge Sand. Es una obra extraña, que no se puede hojear sin llorar, sin experimentar estremecimientos de entusiasmo. La acción es la más simple, la intriga la menos complicada, y, no obstante, no hay frase que no vibre ni palabra que no os alborote. Santiago, el héroe, se casa con una jovencita, Fernanda. Esta Fernanda toma un amante, Octavio, y Santiago tiene la grandeza de alma—otros dirían la simpleza,—de suicidarse para dejar á su mujer vivir venturosa con su amante. Es que este Santiago es un sér ideal, es que no tiene los millares

de prejuicios de nuestra estúpida sociedad, es que Fernanda no es culpable á sus ojos; ella no le ama, ama á otro, pero no es hipócrita con él y no va á ofrecerle sus labios ardientes todavía por los besos del amante. ¿Qué ley puede forzar á una mujer á amar siempre al mismo hombre? ¿Qué palabras balbucidas sobre la cabeza de dos esposos, por un alcalde y por un cura, pueden encadenar sus corazones como encadenan sus cuerpos? ¿De qué garantía disfruta el matrimonio en amor? ¿Y no será esta la más monstruosa de las instituciones si se invocan en su favor razones de familia y de garantías materiales? El matrimonio no le impone, pues, el amor á la mujer, lo único que le recomienda es guardar su lecho puro, para no introducir en la familia hijos extraños. Pero el hombre que se casa con una mujer, que por falta de simpatía ve decaer su amor, que ve también á su mujer amar á otro hombre, combatir su pasión, sollozar y retorcerse, luchar para continuar siendo fiel contra natura; este hombre, ¿no será un infame si abruma á esta desventurada, que la ley humana le entrega como una cosa, pero que se la rehusa la ley natural? este hombre, si es grande y generoso, ¿no debe dejarle la libertad que le pertenece á toda criatura de Dios? ¿No será todavía más infame, si aprieta entre sus brazos un cuerpo cuya alma no le pertenece? Esto no será más que un abrazo de bruto. Ciertamente el matrimonio es una cosa inicua, así considerada, sobre todo con los prejuicios que se asocian estúpidamente al honor conyugal. Se comprende que un gran espíritu tal como el de Jorge Sand, haya levantado el estandarte de la revuelta, tratando de hacer ver todo lo que hay de innoble y de odioso en este encadenamiento de dos existencias; todo lo que hay que temer para estos pobres corazones humanos tan frágiles y tan amantes. Santiago es, como te decía, una naturaleza excepcional; Santiago es un gran corazón lleno de amor, lleno de abnegación, la más

sublime de las virtudes. El ama siempre á Fernanda; para él ha permanecido pura, á pesar de su caída; ella ha combatido tanto como ha podido; probablemente, él la amaría menos si no hubiese sucumbido. El la ama siempre; la ama lo bastante para preferir la dicha de la persona amada, á ella, á su propia vanidad, á su propio egoísmo. Menosprecia la sociedad, sus instituciones, sus prejuicios; parte, dejando ignorar á su amada que lo sabe todo y que se va á matar, componiendo de modo su muerte que pueda tomarse por un accidente, para evitarle el menor remordimiento á su Fernanda adorada. Figura grandiosa que no se puede contemplar sin quedar deslumbrado; que, en medio de todos estos estúpidos que nos rodean, nos parece tan sublime que llegamos á negar su existencia. ¡Luego, aquella pasión ardiente, aquel desdén por todo lo que nos atrae, aquella soberbia en este silencio que guarda él con respecto á sus sentimientos y sobre sus pensamientos...! Yo no podría analizar á un hombre tal; lee la novela y probablemente llorarás como yo; léela, pues, verdaderamente lo deseo. Cuanto á Fernanda es la mujer personificada: la mujer dócil bajo el primer hálito de amor, en la que nada iguala á la ternura sino la fragilidad. Consagrada hasta el último momento á Santiago, no tiene para él más que amistad; rechaza sus caricias, pero le estrecha siempre la mano. No le ama, y como tiene necesidad de amar, se dirige al que primero llega, pero lucha, sufre y se estrellaría si su amo, según la ley, no tuviese piedad de ella. Si Santiago es una excepción, un personaje ideal, creación de poeta, Fernanda es una realidad. Nada más estrictamente verdadero que esta situación de una mujer que no ama á su marido y no puede abstenerse de amar á otro hombre. La infeliz que no tiene más que un Santiago por esposo, debe acabar por caer en el cieno y partir su lecho con dos hombres á la vez. Sin duda la autora nos ha dado esta obra para mostrar-

nos aquella rara grandeza de alma, siendo el hombre generalmente pequeño, para hacernos ver el número de mujeres que pasan del matrimonio á la degradación. Jorge Sand ha negado, yo lo creo así, su hostilidad, y sin embargo, esta hostilidad es el resorte de cada una de sus novelas. Cuando se indica una enfermedad, se está forzado al mismo tiempo á dar el remedio, sobre todo si quiere hacerse una obra buena y útil. Esto es lo que no hace nunca Jorge Sand; ella demuestra que el matrimonio es la cosa más monstruosa que existe, niega en él la felicidad y el amor, pero nunca ha dicho cuál es la institución que debe venir á substituir á ese lazo eterno. ¿Quiere el divorcio? ¿Pretende que se mude de amor como se muda uno de camisa? ¿O bien ha conocido una nueva manera de vivir, entre amantes, garantizando la familia, haciendo desaparecer el adulterio, etc., etc?

Esto es lo que no nos ha dicho nunca y por consiguiente, sus novelas pueden ser verdaderas, pero tienen una verdad desolante. Es una acción malvada, una tortura inútil, una lectura demasiado fuerte para los corazones de veinte años. Cuanto á mí, creo que la felicidad puede existir en el matrimonio. Si Santiago no es feliz con Fernanda es porque Santiago es un sueño y Fernanda una realidad. En una novela, un estudio de pasiones humanas, desde que un personaje es puramente ideal, este personaje se convierte en una excepción, no podrá simpatizar con los otros que no son más que hombres. Sus relaciones con ellos, no tienen más remedio que romperse un día violentamente; sus consecuencias serán su propia desventura y la de los seres que le rodean. Como la baqueta que se doblega y que toma bruscamente su primera posición cuando se la afloja, se remontará al cielo, de donde viene, dejando que los humanos se entiendan con los humanos. Así el estoico, el sublime Santiago no puede vivir con la frágil, con la humana Fernanda. Ninguna simpatía entre ellos; es un ángel amando á una

mortal que pide á voz en cuello que el divino amante apague el fuego de sus miradas para que no la consuma. Pero, por el contrario, si reunís á dos seres en este bajo mundo, que tengan una fragilidad igual, no veo por qué no han de ser felices. No ignoro que el orgullo de la mujer debe rebelarse contra una esclavitud relativa, comprendo, como te decía, cuánto hay de horrible en la posición de una esposa honrada que ama á un hombre que no es su esposo; pero no llegará nunca á tener esta pasión, si su marido no es ni superior ni inferior á ella, si reina entre ambos la armonía. Y del mismo modo, si ella amase no osaría confesar su fragilidad á aquel que es tan frágil como ella; en una palabra: estos dos seres se apoyarán el uno sobre el otro, vacilando algunas veces, pero, se enderezarán siempre por una mutua condescendencia. No es esto que apruebe decididamente el matrimonio; por el contrario, yo aportaría á él notables alteraciones si se me dejase libre. Pero tal como es este matrimonio, que no se puede atacar, sin oir aullar alrededor de uno á los mojigatos y á los espíritus pobres, puede convertirse en un manantial de felicidad y de amor, entre dos seres cuerdos, exentos de prejuicios. Si se llama amor á la pasión violenta, cierto que no se encuentra en el matrimonio; si se entiende por felicidad un cielo sin nubes, id á buscarla más lejos. Pero, si no sois demasiado exigentes, si el amor á que vosotros aspiráis es profundo y tranquilo, si entendéis por felicidad días de sol y días de lluvia, casaos, jóvenes míos, casaos. Sé que los espíritus más distinguidos son los que piden demasiado; no hablo para ellos; que los locos, como tú dices van á morir al hospital. ¡De qué peso son en la balanza humana estos seres raros y sublimes, estos Don Juan que se prendan de amor por un ideal, que corren el mundo sollozando, golpeándose la frente con la realidad! Y hablo para las masas, para esos poetas que ponen sus sueños en sus obras, pero que saben aceptar la

realidad en la vida, colorándola, es verdad, con algunos rayos de sus imaginaciones. Mi matrimonio, no dejaré de repetirlo, no es este bonito negocio á que se da este nombre. El matrimonio para mí es un matrimonio de amor, de simpatía, basado en un recíproco conocimiento de caracteres, un matrimonio con el cual te entretendré algún día. Quiero hablarte un poco más de dos personajes de la novela de Jorge Sand; primeramente de Octavio, este joven amoroso, al cual la vecindad del heroico Santiago perjudicó singularmente. Noble corazón por otra parte, pero egoísta, frágil, en una palabra: Octavio es un hombre. Se comprende perfectamente que Fernanda le ame; los dos piensan lo mismo, los dos son hijos de la tierra. El segundo personaje es una mujer llamada Silvia, una mujer ideal, como Santiago es un hombre ideal. Hay, pues, simpatía entre ellos. Desgraciadamente esta Silvia, hija ilegítima, es *probablemente* la hermana de Santiago; la madre de esta joven tuvo dos amantes, antes del nacimiento de ésta, el padre de Santiago y otro. Estos dos seres creados el uno para el otro no se pueden amar. La novela, así considerada, concluye en mi sentido. La fatalidad lo hace todo; si Santiago hubiera podido casarse con Silvia, si Octavio hubiera hecho lo mismo con Fernanda, jamás uniones más felices hubieran vivido bajo el cielo; Dios no lo quiso y esta es la causa de todos los sollozos. No creo machacar demasiado aconsejándote leer esta novela. Es una obra maestra en la que el corazón vibra á cada página. Juzgada como obra de arte, como drama, es admirable; pero considerada como obra de filosofía práctica, ya ves que censuro al autor. Para resumir y hacer desaparecer las contradicciones que creerás encontrar en esta carta, terminaré diciendo: que, como poeta, no he leído nunca nada tan bello, pero, como hombre, me opongo á esta desolante mezcla de ideal y de realidad. Nada te diré del estilo del autor; ya tú lo apreciarás. Sólo observaré que está escrita en forma

epistolar. Ya hablé demasiado sobre este asunto, dejo para más tarde decirte lo que pienso de este género. No tomes estas apreciaciones más que por lo que ellas son, es decir, escritas bajo las impresiones todavía calientes de la obra, y sin duda muy confusamente.

Leo á Shakspeare, este será asunto para otro día.

Soy razonable en esta carta, y siento haberme dejado llevar demasiado lejos en mi última, hablando de la palabra *posición*. No sé si lo has observado: la razón en mí es vivaz, y si parece algunas veces que falto, es porque hago un mal uso de ella puesto que la obligo á servir para justificar mis locuras. Sí, lo reconozco; es cordura aceptar la sociedad tal y cómo es, doblegarse á sus usos y costumbres, aunque estos usos sean estúpidos y ridículos. Lo que me irrita es cuando creo observar que los que inclinan la cabeza la inclinan como brutos, sin conciencia de lo que hacen, lamiendo la mano que los reduce. He ahí lo que produce mi cólera. Sigue la corriente de la muchedumbre, yo no te estimaré menos, pero dí conmigo que el mundo es despreciable y pequeño, que la necesidad te obliga á vivir tan estúpidamente como él, que tú ruges bajo el yugo.

Releo algunas veces tus antiguas cartas. ¡Ay! estamos muy lejos de los tiempos en que escribías: «¿En qué se convierten los peones?» donde ridiculizabas las *Candelas austriacas*. Un año solamente ha transcurrido, y no obstante, qué de cambios en nuestros caracteres, en nuestros pensamientos. Nuestros espíritus son probablemente más elevados, más amplios nuestros horizontes, pero hemos perdido nuestra jovial indiferencia; deseamos resolver los problemas de la vida y con estas indagaciones comienzan nuestras dudas y nuestros llantos. Esta carta es fatigosa para mí, no la he hecho más que en mis momentos de tristeza; antes no éramos más que niños burlones; ahora no somos más que ridiculizadores desolados.

Puesto que estoy en vena de gemir, continuemos con

un sollozo. Llegué al mundo con la sonrisa en los labios y el amor en el corazón; tendí las manos al público, ignorando el mal; sintiéndome digno de amar y de ser amado, buscaba amigos por todas partes. Sin orgullo, aunque sin humildad, me dirigía á todos, no viendo á mi alrededor, ni superior, ni inferior. ¡Irrisión! se me lanzan sarcasmos á la faz; oigo alrededor de mí sobrenombres odiosos; veo apartarse á la gente y señalarme con el dedo. Incliné la cabeza largo rato, preguntándome qué crimen había podido cometer yo, tan joven, cuando mi alma era tan amante. Pero cuando he conocido mejor el mundo, cuando he lanzado una mirada más reposada sobre mis calumniadores, cuando he visto la hez, tenía lo que necesitaba ¡vive Dios! y volví á levantar la frente y una inmensa soberbia llenó mi corazón. Me reconozco grande al lado de los enanos que se agitan á mi alrededor; veo cuán mezquinas son sus ideas, cuán imbéciles sus personajes, y vibrante de gozo, he tomado por dioses el orgullo y el menosprecio. Yo, que hubiera podido disculparme no quiero descender hasta ello, y he concebido otro proyecto: anonadarlos con mi superioridad, y hacerles roer por esa serpiente que se llama envidia. Me dirijo á la Musa, esa divina consolatriz, y si Dios guarda para mí un nombre, les lanzaré á la cara con voluptuosidad este nombre, cuando llegue mi turno, como un sublime mentís á sus estúpidos menosprecios. Pero si soy orgulloso con esos brutos, no lo soy con vosotros, amigos míos; reconozco mi flaco, y sólo me reconozco por toda cualidad la de amaros. Estoy agarrado á vosotros como el náufrago á su tabla de salvación, en la ruina general de mis amistades. Dios os envía para sacarme del precipicio donde había caído desesperado. La cizaña mata las más bellas espigas, y se ha maldecido la cizaña; desde mi infancia, se me ha aparecido la sociedad como una planta dañina sofocando los más nobles co-

razones y he maldecido á la sociedad. Y, no obstante, algunos azulejos brillan entre las hierbas nocivas; vosotros sois unos azulejos, amigos míos, mis flores muy amadas, vosotros no tenéis nada de común con esas raíces parásitas y devorantes; sigo amándoos y detestándolos, sin confundiros, aunque hayáis nacido en la misma tierra.

En este instante recibo tu carta. Sin embargo, termino ésta sin contestarte, dejando la contestación para mi próxima. Temo sólo que sobre ciertos puntos no nos entendamos jamás. Tú juzgas en mí al poeta en el hombre y yo juzgo en ti al hombre en el poeta. Quieres explicar mis sueños con tu realidad, yo quiero aplicar tu realidad á mis sueños. En todo esto eres el más razonable, pero, hablando francamente resultas el más mezquino. Te declaro con seriedad que te quiero, no porque eres *hombre* sino porque no eres bastante *poeta* y porque dejas ahogar el alma por el cuerpo. Volverás sobre tus pasos, me dices, yo lo deseo, pero temo que no puedas más. Podrás pensar, probablemente, que, porque trabajas, porque quieres crearte una posición, me irrito. De ningún modo. Comprendo esta libertad de pensamiento que me ensalzas, y es la mía; reconozco, aunque hasta cierto punto que es la única posible; pero te equivocarás lamentablemente creyéndola poseer, por lo menos en tus cartas. Obedeces á la inclinación de la muchedumbre y defiendes sus teorías; no inventas nada, no rechazas nada; la vida tal como es te parece bastante bella, y no tienes ni un sollozo para protestar. ¿Cómo soy libre, sino de pensamiento? ¿Qué hago más que soñar? Infieres, pues, en mi sentir, que gozo de toda la independencia permitida. Pero, puesto que me contradices, puesto que no eres libre de la misma manera en tus cartas, ¿tengo la culpa de querer un poco de originalidad, de libertad en tu espíritu? La realidad es la realidad, y ya es mucho; pero si además, la realidad nos impide soñar, lo más corto sería ir á ver lo que

nos guarda el cielo. Según dices no has comprendido mi última teoría sobre el amor, es curioso que en esta materia seas tú el poeta y yo el realista. Por otra parte, ya hablaremos de todo esto más largamente.

Como te lo había anunciado envié mi poema á Cézanne. Esta última obra peca mucho por los detalles; á más se me ha escapado una falta de prosodia en la copia que os he enviado. Espero de todos modos tu juicio para compulsar los defectos que me señales con los que le encuentro.

El jueves último he comido en casa de una familia provenzal en compañía del señor Bevançon, muchacho muy alegre, á quien no conocía bastante para permitirme juzgarle, pero hacia el cual siento cierta simpatía. Me ha rogado que te envía sus saludos y por eso te hablo de él. A más he sabido que Matheron me buscaba. Habiendo preguntado su dirección me propongo ir á estrecharle la mano. Cuanto á Raúl, debo verle todos los días. Comparto tu juicio sobre él. Me hablas de De Julienne, de Marguery, títeres, cerebros vacíos, que vienen á pavonearse aquí con sus vestidos de fiesta, para adormecerse después en el olvido de la tumba; buenos muchachos, probablemente, pero de un horizonte limitado y de corazones ahogados bajo las estúpidas vanidades. Dejémosles; he ahí la cizaña de que te hablaba hace poco. Haces bien en amar á Marguery, excelente muchacho en toda la extensión de la palabra. Cuanto al silencio que guarda Cézanne, él sabrá por qué. Le he dicho que te envíe mi poema; por tu parte podrías escribirle que te di cuenta de este envío, indicándole un medio para que lo haga llegar á tus manos. Esta carta será inofensiva; tú te atendrás al descarte no hablándome más que de mí ó de otra cosa cualquiera y esto nos reconciliará sin duda. Hasta muy pronto.

Mis respetos á tus padres.

Te estrecha la mano, tu amigo,

EMILIO ZOLA